

mil figuras, esfuerzo que rebasa ciertamente el objeto del arte verdadero. La cornisa de esta sala está formada con los retratos de los dux incrustados en las molduras. En el sitio del quinto solo se ve un cuadro con esta inscripción en fondo negro. «Este es el sitio de Mariano Faliero, decapitado por sus crímenes.» Esta sala ocupa ella sola toda la fachada que mira al mar. En la bella ventana del balcon, esculpida por Tulio Lombardo se colocaba la duquesa y su córte á ver el bello espectáculo de la *Senza* (fiesta de la Ascension, en que el dux, subido en el *Bucentauro*, arrojaba á la mar su anillo nupcial.) Hacia el medio dia salia el *Bucentauro* del Arsenal, remolcado por los célebres *Arsenalloti* y balanceando sobre las aguas sus flancos dorados y sus cuerdas de flores. En la proa se alzaba la estatua de la justicia. Venia á recibir al dux hasta la misma puerta de su mismo palacio y lo llevaba hacia el paso del Lido á la entrada de la mar. Vestido con su manto de oro y su cuerno ducal en la cabeza, el soberano de Venecia lanzaba á lo lejos en el mar ese signo de alianza su anillo de zafiro. Durante esta ceremonia tronaban las baterías desde el arsenal hasta Lido y el Bucentauro volvía á llevar al dux y á su señorío al punto de partida. Por la noche la nave estaba iluminada y despues se restituía al arsenal bajo el cobertizo hecho para abrigarlo.

El arsenal de Venecia es digno de la alta idea que se tiene de la marina veneciana en los buenos tiempos de la República: comprende dos millas de circunferencia; bastiones y enormes murallas protegen este inmenso almacén que contenía en otro tiempo los abastecimientos de tierra y mar. Allí se hacían los mas grandes barcos, se aparejaban, se armaban de cañones, y á la primera señal del dux, flotas enteras se lanzaban al mar erizadas de hierro y entusiasmo para ir al grito de ¡viva San Márcos! hasta el fin del mundo. La marina era para Venecia, como para Inglaterra, la principal palanca de su poder. Desde 558 los venecianos tenían el señorío de los mares; y setenta años antes de Carlomagno poseían ya arsenales, hábiles ingenieros y grandes navíos, con los cuales se habían hecho dueños de Rávena á pesar de sus murallas. En el siglo IX construían barcos de tres mástiles y amenazaban la Dalmacia, la Grecia y el país de los sarracenos. Pero á fines del siglo XV, el comercio italiano y el de Venecia en particular, fueron destruidos por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, y los 36.000 marineros los 300 barcos de guerra, sin contar las galeras y barcos mercantes vinieron á quedar desocupados y aun inútiles. El descubrimiento de América fue una nueva herida y la decadencia se precipitó desde entonces mas y mas.

Cuando se ven esas plazas de Venecia, esos monu-

mentos de colosales proporciones, esos palacios, esos edificios, esa riqueza, esa gloria, y todo eso reposando sobre un suelo facticio, sobre olas endurecidas digámoslo así, por la mano del hombre á fuerza de arte, de paciencia y de genio, se queda uno admirado de la fuerza de expansion que puede hallar una poblacion contenida en tan estrechos límites. Venecia, despues de haber inventado ó á lo menos importado en Europa los espejos, los molinos de agua, las chimeneas de las casas, el agente magnético despues de haber llevado sus viajeros y productos hasta los confines del mundo, no es ya hoy dia mas que un depósito, un puerto franco, donde vienen á exhibirse las mercancías extranjeras. Excepto la cristalería, actualmente se le lleva todo lo que en otro tiempo fabricaba.

Las regatas.—Juegos y rivalidades de los venecianos.

De todas las fiestas venecianas, la regata ó carrera de góndolas ha sido siempre la mas brillante, de la República que la consideraba siempre como una fiesta nacional y en todas las grandes ocasiones, como la eleccion de un dux, una victoria, la visita de algun príncipe extranjero, mandaba este espectáculo como el mas bello que se pudo ver; espectáculo, que no puede ponerse en escena, sino en un teatro semejante al de esta ciudad admirable.

En efecto, de estas lagunas, de estos estrechos y tortuosos canales, de estas barcas tan largas donde solo se puede maniobrar de pie en la popa, de estos hábiles gondoleros, que desde la mas tierna infancia hasta la muerte y así de dia como de noche, ejercen su profesion, en una palabra, esta reunion de cosas indispensables á semejante fiesta, nace esta diversion. Ni puede haber otra que se una mas estrechamente á la vida veneciana, ni que permita reunir mayor número de espectadores tan convenientemente colocados, ya en los balcones y muelles, ya en las ventanas de los palacios que rodean lateralmente y en toda su inmensa longitud el teatro del combate. Fácilmente se comprenderá que este conjunto, único en el mundo debe localizar imperiosamente en Venecia estas fiestas náuticas, y que toda imitacion de fiestas venecianas en el Habra, en el bosque de Bolonia ó en Londres no puede dar ni una idea aproximada. La belleza del cielo y del lugar, la pompa que las autoridades y el pueblo dan á esta ceremonia, el lujo de las barcas y de los trajes resplandecientes de oro, de plata y de telas de los mas ricos colores, el ruido de la música, la tumultuosa alegría de la multitud y la pasion tradicional de los dos partidos que dividen la ciudad en campos enemigos no por un dia como en nuestras carreras de caballos, sino por toda la vida, durante siglos, todas estas causas dan al es-

pectáculo un interés y una originalidad extraordinarios.

El pueblo veneciano ha sido siempre aficionado al lujo y al placer: este gusto se explica por el origen mismo de esta ilustre nacion. Los venetos por sustraerse á las calamidades, cuya bárbara invasion agobió á un pueblo que se hallaba en el camino seguido por aquellas hordas en su marcha de Este á Oeste, se refugiaron en medio de las lagunas; dádalo inaccesible para quien no las conociera, y aquí fundaron á Venecia el año 590 despues de J. C.

Como se comprende, éste era al principio un paraje harto triste, y los jefes, desde el principio debieron crear diversiones para sostener la moral de un pueblo casi separado del mundo. Mas tarde estas fiestas vinieron á ser una necesidad á fin de ocupar al pueblo y alejar su espíritu de la política suspicaz y recelosa del gobierno. En Venecia la libertad del placer fue tan absoluta como lo era la prohibicion de mezclarse en los actos de la República. Y estos hábitos penetraron tan profundamente en las costumbres, que aquel pueblo ardiente y enérgico puso en sus juegos la lucha, la pasion que engendran ordinariamente la religion y la política. Hoy casi como antes se ve esa misma animacion, esos mismos odios entre los habitantes de las orillas del gran Canal ó por mejor decir entre el cuartel de *Castello* y el de *San Niccolo*, y la negligencia misma en todo lo demás.

Vese en las antiguas crónicas de Venecia que esta division entre los *Castellani* y los *Nicolotti* se remonta á la primera época de la creacion de la ciudad. Los habitantes de Heraclea y de Aquilea, que formaban ya dos facciones enemigas, huyendo á las lagunas eligieron barrios opuestos: la una ocupó la isla de Castello en el extremo oriental de la ciudad, y la otra la isla de San Nicolo al otro lado del Rialto. La primera, á medida que la poblacion aumentaba, se extendió por la orilla de los esclavones, la plaza de San Márcos el principio del Gran Canal y se detuvo en el puente del Rialto cortando así la ciudad del arsenal en el campo de Marte. La segunda tomó todo el resto de la ciudad, que es la parte mas considerable, pero la menos brillante, pues el dux, los senadores y los mas ricos patricios se tenían por *Castellani* por la parte de la ciudad que habitaban. Así los Nicolotti formaron la faccion democrática, mientras que los Castellani fueron los aristócratas. Ya se comprenden los celos y querellas que resultaron de aquí. Para calmar estas disensiones, se autorizó á los Nicolotti á tomar un dux especial: sus funciones se limitaban á presidir los juegos y las deliberaciones de su partido, y el resto del tiempo vivía y trabajaba como antes en medio de sus antiguos compañeros. Nombrado por eleccion, se rodeaba su elevacion de

cierta pompa que halagaba al pueblo, porque era siempre un gondolero conocido por su habilidad y buena conducta el que casi siempre era elegido. La ceremonia se hacia en la iglesia de San Nicolo, donde el nuevo dux era consagrado por la religion y vestido con un traje magnífico. Este dux llevaba el título de Gastaldo dei Nicoletti, y se le confiaba el estandarte bordado de oro representando á San Nicolo.

Los Nicolotti satisfechos en su orgullo, se burlaban de los Castellani diciéndoles estas palabras, que todavía se repiten: *Ti, ti vogli il Dose, e mi vogho col Dose*. Tú remas por el dux y yo remo con el dux.

Entre ambos partidos habia siempre una lucha continua: en todas estas fiestas públicas, cada partido, diferentes por sus colores, los Castellani con el cinturón y el gorro rojos, los Nicolotti negros ó azul oscuro, procuraban obtener el triunfo ya en las regatas, ya en los juegos de fuerza ó habilidad. Unas veces, como el último dia de carnaval, la diversion era cortarle á un toro la cabeza de un solo golpe de sable; otras hacer la pirámide humana ó cualquiera otra construccion de este género. Diez ó doce hombres formaban con sus brazos una especie de meseta donde se subían ocho que sostenían cuatro, despues dos, luego uno y finalmente un niño. Los mas hábiles aumentaban hasta ocho las superposiciones al ruido de los aplausos de los espectadores. A veces estos ejercicios de fuerza y equilibrio se hacían en las mismas barcas bogando en el canal, como se ve en los antiguos cuadros. Habia tambien bailarines de cuerda que sostenidos por dobles maromas parecia que bajaban con auxilio de sus alas de la cúspide de la linterna de San Márcos y llegaban por los aires á la galería del palacio en que estaba el dux. Despues de cumplimentarlo en el espiritual dialecto veneciano, le ofrecían un ramo de flores que parecia caído del cielo, derramando al mismo tiempo sobre la multitud una lluvia de cascabeles y poesías.

Uno de los juegos mas alegres en que la animosidad de ambos partidos se mostraba mejor, era la *guerra de pugni*, (guerra de puños). Se elegía al efecto uno de esos puentes sin parapeto, como los que se hallan á veces en los canales pequeños, y á una señal dada, las dos facciones en masa avanzaban para pasar: entonces tenia lugar una lucha consistente en arrojar á fuerza de puños al canal, cada combatiente á su contrario. Los rojos como los negros caían al agua en gran número á gusto y contentamiento de los espectadores. Uno de estos puentes, en San Barnaba, conserva aun el nombre de *ponte de pugni*.

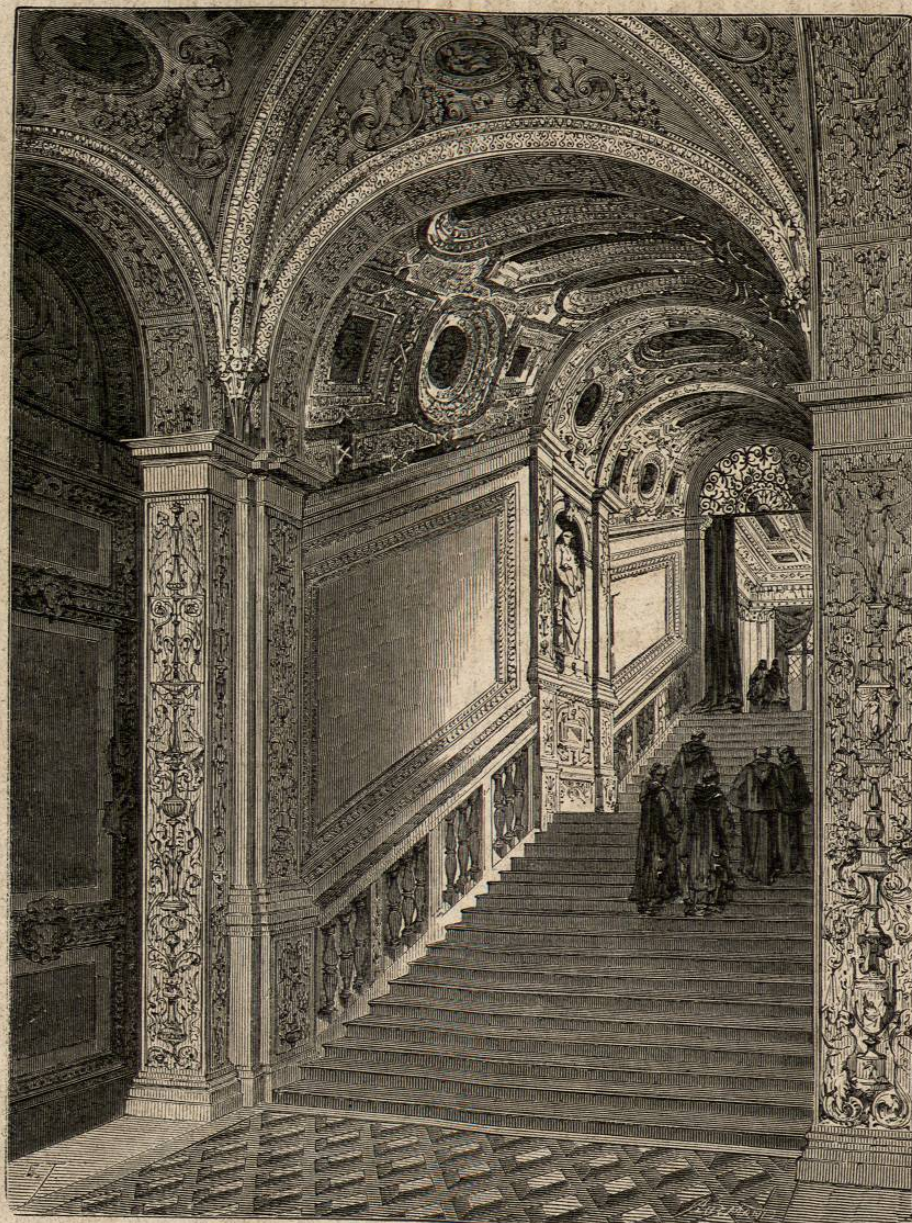
Entraba en los planes de la República, excitar antes que adormecer estas rivalidades, á fin de mantener la energía física y moral de las clases inferiores para oponerlas caso necesario al poder de los patricios,



único á quien ella temia. En suma, estos juegos, estos torneos, estos ejercicios gimnásticos en que los partidos competian, redundaban en provecho de todos. Acudíase de todas partes para asistir á aquellas espléndidas fiestas, y la emulacion, la energía y la des-

treza, desenvueltas en tales luchas, se hallaban luego en las flotas de la República y hacian de aquellos hombres, confiados en sus fuerzas, los primeros marineros del mundo.

Estos juegos, como tantas otras cosas, provenian



Escalera de oro del palacio ducal.

de los árabes, de los países de Oriente, con los que Venecia tenia tan grandes relaciones de comercio. Arquitectura, trajes, usos, costumbres, todo esto se imitó de las ciudades de Constantinopla, del Cairo, de Bagdad y de Damasco, tan adelantadas entonces en civilizacion: todavía se halla aquí el sello oriental que da á Venecia un carácter diferente de todas las ciudades de Europa.

En tiempo de la República no hubo jamás otros partidos declarados que los de los Nicolotti y Castellani, partidos que no tenian nada de políticos, segun lo atestigua la historia veneciana, en que no se encuentra ningun vestigio de guerra civil.

Los venecianos son generalmente de carácter bueno, pero al mismo tiempo burlon; y los gondoleros especialmente, como si resumieran en sí los instintos



El puente de los Suspiros.



de la raza, conservan mas que toda otra clase el carácter nacional primitivo. Son espirituales, alegres, diestros, afectuosos, fieles; de corazón leal y confiado; solo en las rivalidades de partido se halla á los venecianos apasionados y turbulentos.

No podríamos dar mejor idea de la importancia que cada partido refiere á su bandera, que citando algunos hechos de que todos los días éramos actores ó testigos.

Poco despues de mi llegada á Venecia, fuí al cuartel de San Polo á pintar un canal estremadamente pintoresco. Un gondolero, medio oculto en su góndola me servia de primer término: su gorro negro no se destacaba distintamente en el agua y me permití la libertad de pintarlo rojo. Terminado mi trabajo, me disponia á partir cuando el marinero se levantó para verlo.—*Patron benedetto*, me dijo, ¿es por ventura para agraviarme eso de ponerme rojo el gorro? Por favor, cambiad su color para que no se ignore que los gondoleros del *sestiere San Polo* son todos Nicolotti.

Otra vez iba yo en una barca á Canareggio, que es el cuartel general de Nicolotti: Marco, mi gondolero, castellan puro, llevaba su cinturón y su gorro rojos. Yo estaba tranquilamente recostado en mi góndola, cuando unos gritos feroces me hicieron mirar por una ventana y me ví rodeado de barcas y gondoleros alzando los remos sobre mi pobre Marco, y amenazándole hasta con la muerte si rehusaba quitarse el cinturón y el gorro en señal de deferencia hácia el partido á quien con aquellos colores ofendia. Yo salí á toda prisa del felze de la góndola y corté aquella disputa que pudo haber acabado mal.

Pero la anécdota siguiente caracteriza mejor aun á estos partidos populares.

Uno de los pintores mas distinguidos de Venecia, Eugenio Bosa, hizo un cuadro que representaba al vencedor de la última regata, el célebre *castellan* Naso, volviendo á su casa despues del triunfo para abrazar á su familia y amigos; y como lo dice el mismo pintor en una carta llena de espíritu poético, que sentimos no poder insertar íntegramente. «El héroe chorreando de sudor, lleno de emoción por la lucha y sostenido valerosamente con el remo, estrecha con una mano á su mujer y con la otra agita alegremente la victoriosa bandera. «E. Bosa, antes de entregar su obra al conde Arraches de Turin, que la habia adquirido, la espuso en la Academia de bellas artes. Grande fue el efecto entre los Nicolotti. ¡Qué humillación! ¡Un castellan vencedor pintado por un artista célebre y espuesto en la sala de la Academia! Serias deliberaciones hubo aquel dia en las tabernas de Canareggio, donde se redactó una carta que se remitió al director del Museo. El estilo conciso y enérgico de esta misiva en dialecto veneciano, dará una idea

perfecta de la importancia de estas rivalidades entre el pueblo.

Dice así:

«Sior lustrissimo,

La se recorda lustrissimo che se non la fa tirar via della Cademia el quadro del Sior Bosa con quel Castellan con la so bandiera de... in mano; Nu Nicolotti che con le bandiere menemo la polenta, ghe lo sfondreremo.»

«Muy ilustre Señor,

Se le advierte, ilustrísimo, que si no echa fuera de la Academia el cuadro del señor Bosa con ese *castellan* que tiene en la mano su bandera de... Nosotros, los Nicolotti que con nuestras banderas revolvemos la *polenta*, nosotros lo haremos pedazos.»

Es casi imposible traducir la penúltima frase: hé aquí su esplicación. Para hacer la *polenta* (pasta ó torta de maíz que sustituye con frecuencia el pan) se sirven de un pedazo de madera que se tira luego. El sentido, pues, es éste: Nosotros, los Nicolotti, hemos ganado tantas banderas, que podemos revolver la *polenta* cada dia con una nueva. Como los grupos aumentaban en la esposición, fue preciso retirar el cuadro para evitar una violencia. Añadamos que el pintor, castellan tambien, habia pintado con gusto el triunfo de uno de los suyos; porque los señores hábiles tambien en su mayor parte protegen con ardor el partido de sus gondoleros; y por la tarde en el paseo del *fresco* junto al gran canal, ese curso sin semejanza en Italia, si encontrando alguna góndola conocida, ó se ponen á hablar de bordo á bordo, sus remeros se lanzan entonces á la lucha, sin tener en cuenta la conversacion de sus patronos, que encuentran esto muy natural.

Pero volvamos á la fiesta que nos ocupa en particular á la regata, la mas interesante y caballeresca de todas las fiestas de Venecia.

El origen de la regata se remonta á los primeros tiempos de la República. Era costumbre ir los dias de fiesta á cierta hora á pasearse al Lido, y el gobierno para facilitar la travesía, cuidaba de tener dispuestas en la *riva* el número suficiente de barcas de treinta ó cuarenta remos. Los que no tenían otro medio para ir tomaban el remo y se ejercitaban. De aquí nacieron los desafíos. Estas barcasas puestas en línea partian á una señal; de donde viene el nombre de *riva*, hilera, y despues *regata*. Esta lucha poco artística para el espectador, era un ejercicio excelente para desenvolver las fuerzas musculares y habitar á los remeros á las largas travesías.

Los senadores pensando en la utilidad que podia sacarse de ello para la marina, buscaron una manera de fomentarlo. Y hé aquí por qué en el decreto promulgado con ocasion de la gran fiesta que se estableció para conmemorar la libertad de las jóvenes espo-

sas robadas por los piratas de Trieste en 944, se ordenó que la *regata* se pusiera en la categoría de las diversiones públicas.

Este raptó es una anécdota de las mas picantes de la historia veneciana. Todos los años el Estado casaba doce jóvenes de las mas bellas y pobres con doce mozos escogidos. Para esta ceremonia se les prestaban pedrerías y joyas de gran precio para aumentar el esplendor de la fiesta. Unos piratas de Trieste, en guerra con Venecia, atraídos por el cebo de una buena presa, vinieron á emboscarse en las inmediaciones de la iglesia; y cuando todo el pueblo estaba allí reunido, se precipitaron en el templo y robaron á mano armada á aquellas nuevas Sabinas á vista de sus esposos, que solo tenían para defenderse guirnaldas de flores.

Candiano III, que á la sazón era dux de Venecia, sensible á tamaña afrenta, arma en seguida barcos y persigue á los piratas á la cabeza de los esposos y hermanos ofendidos. Mu y luego los alcanzan en un pequeño puerto del Friul, y despues de un combate encarnizado, traen en triunfo á las desposadas con sus joyas *intactas*, dice la crónica. En celebridad se dispusieron juegos públicos y una ceremonia religiosa, y Venecia en su amor á las fiestas añadió á ellas un lujo siempre creciente. Cuando la República llegó á su mas alto grado de esplendor, el espectáculo marítimo de la *regata* tomó un aspecto deslumbrador, único en el mundo y vino á ser la gran fiesta nacional.

Las grandes regatas ordenadas por el gobierno, eran los juegos olímpicos de la República; pero tienen sobre estos la ventaja de ser apropiados á las lagunas, de modo que los extranjeros no pueden arrebatarse el premio á los hijos de la ciudad.

La estension de la carrera es de 4 millas venecianas, cerca de 1 legua. Comenzando en el extremo oriental de la ciudad, cerca del jardín público, atraviesa todo el puerto á lo largo de la *riva* pasa por delante de la Piazzeta, entra en el gran canal, lo sigue en casi toda su longitud hasta Canareggio, y allí girando en torno de un poste plantado en medio del agua, vuelve por el mismo canal hasta el palacio Foscarei, donde se distribuyen los premios á los vencedores por el orden de su llegada. Durante los últimos años esta fatigosa carrera se detenía en el puente de Rialto en frente del palacio de la municipalidad: ahora el estrado en que las autoridades distribuyen los premios está construido como antes entre el palacio Balbi y el de Foscarei en el ángulo que forma el gran canal.

Las góndolas que compiten son de una construcción particular y de tal modo delgadas y ligeras que donde el remero pone los pies, hay que colocar una doble tabla para que no se rompa el fondo, mientras

unas barras transversales impiden ponerlos en otra parte. Cada una de estas barquillas va tripulada por dos hombres vestidos de colores fuertes y con cinturón y gorro de Castellani ó Nicolotti. Los partidos envían sus mas hábiles y espertos remeros. No se puede describir la emoción que produce en la ciudad la proximidad de la regata ni los cuidados y precauciones con que se trata á los regateros. Se meten en retiro como se dice en los conventos, quince dias antes, evitando toda causa debilitante y siguiendo rigurosamente la higiene que se les indica. Si están al servicio de algun patricio, éste los exime de todo trabajo, dejando aquellos de ser criados para ser tenidos como hijos de la casa.

Llegado el gran dia, cada uno de los candidatos recibe la bendición paternal, abraza á su familia, cuelga á su cuello sus mas preciosos relicarios de San Marcos, y acompañado de sus amigos vá á orar á la parroquia *della Salute*. Muchas veces barca y barquero son bendecidos, segun los ritos del culto; despues, llegada la hora, tomando un remo de madera elegida, con cuya ayuda espera añadir una bandera mas á la gloria de su partido, vá á colocarse delante de la cuerda que retiene aun á todos los impacientes rivales. A un cañonazo cae la barrera y encorvándose cada uno en esta barca tan ligera, la hace volar sobre el agua á un golpe de remo mas ligero que la gaviota. Y como dice la crónica: *Spuma l'onda sotto il replicato batter de remi*. La onda espuma al batidero de los remos. Hélos, pues, que llegan y apenas se les ha visto pasar, desaparecen ya bajo el gran arco del Rialto. Pero esperando su vuelta, los espectadores no quedarán impacientes no sabiendo qué hacer, como acontece en las carreras del hipódromo, pues apenas hay tiempo para ver tantas maravillas reunidas en este lugar.

Aquí, desde el balcon de este ilustre palacio Foscarei, cuya descripción haremos luego, desde esta ventana, donde en 1574 asistia Enrique III de Francia á una magnífica regata, dada en su honor, y donde con una magnificencia real, él mismo dió los premios, vemos desenvolverse á derecha é izquierda ese vasto y magnífico Canalasso con sus palacios que parecen agitarse bajo la multitud que los puebla, con sus barcas de todas formas y colores, cubriendo el agua de tal modo, que se puede pasar de una á otra orilla como por un puente. ¿Oís esa música y esos gritos de alegría? ¿Veis cómo está en armonía la naturaleza y el arte y cómo su union produce un conjunto lleno de pintoresca belleza? Este dia, el color negro, desaparece bajo los tapetes de todos colores de las góndolas y las vistosas galas de los gondoleros. Pero es menester este cielo y este sol para armonizar todos estos sonidos y matices.

Los propietarios antiguos y modernos de los pala-